

EDITORIAL

SI FUERON NECESARIAS LAS REJAS

Resulta honesto y supone un sano ejercicio de autocrítica, reconocer propios errores, en especial si los mismos son difíciles de olvidar al quedar perpetuados en letra impresa.

Defendí hace ya algún tiempo, y desde estas mismas páginas, la para mí inoportuna e injusta medida adoptada por la Federación Española de Fútbol (siguiendo instrucciones de los organismos internacionales de rango superior), de rodear de rejas los campos de juego.

Me pareció en aquel momento una medida exagerada, y por encima de todo un atentado a todo lo que el deporte significa, o debiera significar en el contexto de una sociedad civilizada.

Pero el caso es que ya por entonces se habían cometido tropelías en diferentes terrenos de juego. —y no precisamente españoles se ha de venir (de ahí mi inicial oposición al "enrejado")— degenerando en una espiral de violencia cada vez más importante en calidad y en cantidad, que también, no podía ser menos, ha salpicado nuestro país y ¡de qué modo!

Ante las reiteradas invasiones de campos de juego, lanzamiento de objetos (más o menos contundentes), agresiones a árbitros y jugadores, etc., etc., la única defensa que el deporte ha tenido ha sido la de meterse en una jaula, al contrario precisamente de lo que suele suceder en otro tipo de espectáculos en los que la fiera es la enjaulada.

Reconozco pues mi error en lo que respecta a considerar exagerada y fuera de lugar la tal medida, aunque siga afirmando se trata de un atentado contra el deporte, siempre, claro está, que éste responda a una forma de expresión cultural en una sociedad civilizada.

El meollo de la cuestión quizás reside en si en efecto vivimos en una sociedad civilizada. Es evidente que si giramos una visión desapasionada en torno nuestro, no son precisamente habituales las muestras de que lo sea: La violencia gratuita, las constantes violaciones de los más elementales derechos del hombre, la imposición por la fuerza de dogmatismos políticos o religiosos, la intransigencia entre opiniones encontradas, son muestras inequívocas de que, pese a todos los adelantos técnicos a los que la humanidad ha tenido o pueda tener acceso, la evolución filosófica de las ideas en la sociedad en que vivimos no sólo se ha quedado anclada en épocas remotas sino que se ha ido deteriorando de una forma manifiesta.

Para mí, que la insatisfacción por algo de que se carece, y la angustia por lo que no llega a alcanzarse, es la causa de un pesimismo y de una desesperanza que se mueve en péndulo desde el místico abandono de la rela-

ción humana y el pasotismo cínico (no intento confundir ni confundo una posición con otra), hasta la violencia desmedida y la intransigencia más cerril (y aquí sí que están confundidas y bien confundidas).

Lo para mí escandaloso e incomprensible es que estos denigrantes espectáculos de brutalidad, puedan darse en sociedades que en teoría son libres, en las que eligen a sus mandatarios, gozan de libertad de expresión, disfrutan de palestras públicas en donde dirimir opiniones contrarias, tienen fácil acceso a los medios de cultura, y sobre todo, se benefician de un nivel de vida en el que poco les está vedado.

Algo falla pues en la sociedad de las libertades humanas; en la otra no son posibles las expresiones violentas, porque no es posible ningún tipo de expresión, allí sólo cabe la voluntad omnipresente y omnisciente del Estado-Amo.

Habrà que replantearse si determinadas concesiones en aras de un falso respeto a las libertades, más cerca de la demagogia electoralista que de los reales intereses del pueblo, no han contribuido en gran medida a este vergonzoso alarde de comportamiento colectivo que, lamentablemente, ha invadido un terreno en el que la limpia y correcta competencia y el respeto al contrario eran sus más preclaras y exigidas normas de conducta.

En efecto esa brutalidad tan ajena al verdadero espíritu deportivo, ha obligado a meter entre rejas al deporte para defenderlo.

J. G.